



Dirección de Prensa

Improvisación

PALABRAS DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA,  
RICARDO LAGOS ESCOBAR, EN CELEBRACION  
CENTENARIO DEL NATALICIO DE PABLO NERUDA

PARRAL, 12 de Julio de 2004

Gracias por llegar hoy aquí para celebrar el centenario de nuestro poeta Pablo Neruda. Gracias por llegar hoy aquí las autoridades del Estado de Chile, el presidente del Senado, las autoridades el Poder Ejecutivo, las autoridades regionales, encabezadas por el intendente, el alcalde de Parral. Con ustedes, los que vienen de más allá de Chile, gracias por llegar. Aquí, con ustedes, los Premios Nacionales, aquellos que nos honran día a día, que hacen patria cada día, generando un espacio en la cultura de Chile.

También quisiera decir gracias a los miles de hombres y mujeres que han trabajado en la impresionante cantidad de actividades conmemorativas en Chile, fuera de Chile, en cada una de las regiones de Chile, en cada uno de los rincones de Chile.

Se expande así hoy, 12 de julio, aquí en el mundo, un rumor, un murmullo, un sonido, el sonido del nombre y la palabra de Pablo Neruda, pero se expanden también el sonido y la palabra de Chile, la patria que compartimos con Neruda, llenándonos a todos del orgullo que significa ser vistos y reconocidos, gracias a la magnífica obra de ese artista.

Por eso llegamos todos hoy aquí, donde hace 100 años comenzó la aventura de Neftalí Reyes. En las palabras de Neruda nació un hombre, entre muchos que nacieron, vivió entre muchos hombres que vivieron, y esto no tiene historia sino tierra, tierra central de Chile, donde las viñas encrespaban sus cabelleras, sus cabelleras verdes, la uva se alimenta de la luz, el vino nace de los pies del pueblo.

Aquí llegaron los antepasados de Nefthalí Reyes que plantaron viñas, esas mismas viñas que encrespaban luego sus verdes cabelleras, para producir la alegría de sus vinos.

Aquí llegaron, a esta localidad situada en el límite sur del Maule, un pueblo, según Neruda, "polvoso, blanco y lejano". Aquí, como nos lo recuerda Gabriel Rodríguez, esa región del Maule que fue la frontera sur del Imperio del Sol, de los incas. Hasta el Maule, el mítico río de las lluvias, llegaron los orgullosos incas, mientras que desde la otra orilla se extendía el indómito pueblo mapuche. Al sur del Maule, al sur de Chile, sur también del mundo sur, Neruda es un poeta del sur, ese punto del horizonte que coincide con la posición del sol del mediodía.

100 años después, también al mediodía nos congregamos aquí en Parral para recordar y festejar el nacimiento del poeta que, como él mismo escribió, "mi corazón tiene raíces en Parral; fruto de estos vinos debe ser mi poesía". De esos vinos también, y también de la lluvia es fruto la poesía de Neruda, de la lluvia de la Araucanía, la segunda ciudad de su infancia, Temuco.

En sus memorias Neruda dice que en los días y años de su infancia, el único personaje inolvidable fue la lluvia, la gran lluvia austral, que cae como una catarata, que transforma cada casa en una nave que difícilmente llega a puerto en aquel océano de invierno, la lluvia, ese mar de arriba, la lluvia, ese cielo desbocado, la lluvia, ese golpe de pétalos oscuros, la lluvia, ese manto tempestuoso cayendo en el silencio.

¿Cuántos y sorprendentes nombres encontró Neruda para la lluvia? Mar de arriba, cielo desbocado, golpe de pétalos oscuros, manto tempestuoso. ¿Cuántos y sorprendentes nombres para la lluvia y para tantas otras cosas que él nombró y a las que dio vida, tantas vidas como nombres les atribuyó?

Nació un niño, es cierto, pero lo que nacía realmente era un río, una de esas fuerzas artísticas tempestuosas, colosales, con las que Chile ha sido bendecido más de una vez. Pero ese mismo Neruda que canta a la lluvia, con los mil nombres de ella, es también el Neruda que habla con el corazón para acoger al que sufre con la lluvia.

En esa oda a la lluvia está escrita por Neruda cuando se ha trasladado a Santiago, es a partir de cierto momento que en esa oda señala también el daño que la lluvia inclemente causa en los barrios más pobres de la capital, que podía ver desde su casa de la calle Maruri. Y allí, entonces, el poeta se refiere a la lluvia como “a lluvia negra, la lluvia enemiga que continúa cayendo sobre nuestra desgracia”.

Pero como siempre al realismo de Neruda, viene el sueño y la utopía posible que se alcanza. Y entonces dice que “algún día llegará donde los pobres tendrán techo seguro y entonces –dice el poeta- la lluvia cantará en los oídos de otros niños y alegres en el canto de la lluvia en el mundo también, la lluvia trabajadora, proletaria, ocupadísima, la lluvia fertilizando montes y praderas, dando fuerza a los ríos, engalanando el desmayado arroyo perdido en la montaña, trabajando en el hielo de los huracanados ventisqueros, la lluvia corriendo sobre el lomo de la ganadería, dando valor al germen primaveral del trigo, lavando las almendras escondidas, trabajando con fuerza y con delicadeza fugitiva, con manos y con hilos en las preparaciones de la tierra”.

Queremos decir hoy a Pablo Neruda que para eso trabajamos, como él lo hizo generosamente en su hora, para llegar a tener un país en que la lluvia cante en el oído de los niños, fertilice los montes y praderas, da fuerza a nuestros ríos y valor al germen primaveral del trigo.

Queremos decir a Pablo Neruda que entre todos estamos construyendo un Chile mejor que el que hemos tenido hasta ahora. Queremos decir a Pablo Neruda que hacemos nuestra su pregunta ¿quiénes son los que sufren? Y que hacemos también nuestra su respuesta “no sé, pero son míos”.

Queremos decir a Pablo Neruda que hemos aprendido que la grandeza de una nación se construye con unidad de propósitos, con participación de todos, sin exclusiones y que obras literarias como la suya son la costura firme, vistosa y feliz que tensa y sostiene la unidad de un pueblo.

Queremos decirle que hoy existen otros, como los habrá también mañana, que continúan trabajando para tener, como él lo dijo en el Canto General, “la dirección de una patria recién secada, recién fresca de flores, de polen, de argamasa, de una patria rodeada de

agua combatiente y nieve combatida, de una patria que cual jinete en la lluvia va siempre más allá, más allá, más allá, de una patria donde el sol del sur se levante mirando tu condición sagrada". Para esa patria que él soñó en el Canto General, se trabaja hoy.

Y así como Neruda dijera en la recepción del Nobel, en 1971, "sólo con ardiente paciencia conquistaremos la espléndida ciudad que dará a luz justicia y dignidad a los hombres". Es lo que a lo largo de su vida Pablo Neruda buscó a través de su lucha incansable. Fue la razón solidaria tras su verbo majestuoso el que se impuso. Por eso queremos decirle también que su propia vida de esfuerzo, de hijo de obrero ferroviario, de adolescente que lee libros prestados, de joven que conoce en Santiago la soledad y privación de la vida de las pensiones, es un ejemplo a los jóvenes del Chile de hoy, porque tal como él declaró al cumplir los 50 años, "no me estáis celebrando a mí, sino a una victoria del hombre en esta patria aislada por el inmenso mar y las nieves inmensas".

Quisiéramos decirle que si de aquella ardiente paciencia depende de que la poesía no cante en vano, todos estamos hoy participando de esta misma ardiente paciencia, para que nada sea en vano en esta querida tierra de Chile y su gente.

Queremos decirle, en fin, que vamos a repetir por siempre su poesía y vamos a repetir también lo que él dijo el 30 de mayo de 1945, cuando como senador del Partido Comunista pronunció en el Congreso su primer discurso. Allí dijo "declaro mi fe en la patria, en sus instituciones, en su historia y en su pueblo, pero no como entidades inmutables, sino sujetas a la transformación y al progreso".

Y vamos a repetir sus palabras del día en que le otorgaron, ese mismo año, el Premio Nacional de Literatura, cuando proclamó su esperanza de que la patria adquiriera cada día mejores títulos en el terreno de la dignidad democrática del mundo. Para eso hemos trabajado, para tener mejores títulos en el terreno de la dignidad democrática del mundo.

Fue también esa patria la que vio extinguirse el sol de la libertad un 11 de septiembre de 1973. Fue esa patria en la que se extinguía el sol de la libertad que predijo que se extinguiría también, un 23 de septiembre, el corazón del poeta. Fue allí, a finales de su vida, en uno de esos días últimos, cuando llegaron a allanar su casa,

“busque todo lo que quiera -dijo Neruda al que dirigía el allanamiento-. Aquí hay una sola cosa peligrosa en esta casa”. ¿Qué es?, le preguntó el que dirigía aquello, “la poesía”, -respondió tranquilamente Neruda.

La poesía es peligrosa. También es peligrosa la democracia, en el mismo sentido que la poesía, peligrosa porque es de todos y para todos, peligrosa porque se atreve a confiar el poder a quienes obtengan para sí la mayoría, peligrosa porque la construcción de la democracia nunca está completamente acabada, peligrosa porque dice las cosas por su nombre, peligrosa porque actúa a plena luz y nunca en la oscuridad, peligrosa, en fin, lo mismo que la poesía, porque abre los ojos, la sensibilidad, el entendimiento y porque trata como sujetos activos a las personas que otras formas de gobierno reducen a la condición de ceros.

La democracia, igual que la poesía, es soberana. “Soy parte de la esencial mayoría, reconocía Pablo Neruda, soy una hoja más del gran árbol humano, soy soledad y también soy multitud”, afirmaba, aproximando de este modo dos palabras que son fonéticamente hermanas: poética y política. Dos palabras, es cierto, que de algún modo se confunden en la vida de Neruda. Él, como poeta, encarnaba la belleza; Neruda, como político, representaba la esperanza y es por eso que admitió que para el poeta que él fue, resultó memorable y desgarrador haber encarnado para muchos hombres, durante un minuto, la esperanza.

Él lo dice, “durante un minuto, y lo dice con humildad, porque tomó más de un minuto organizar “la más noble misión que he ejercido en mi vida: el Winnipeg, sacar españoles de sus prisiones y enviarlos a mi patria”. Los embarcó en el Winnipeg, un navío de carga que tuvo que ser habilitado para la extensa travesía. Y llegaron a Chile José Balmes, Roser Bru, Víctor Pey, Leopoldo Castedo, José Ricardo y Juan Morales, Elena Gómez de la Serna, Arturo Lorenzo, Modesto Paredes y tanto otros. Aquí se quedaron para siempre, esparciendo inteligencia, talento, en ésta su segunda patria.

Qué duda cabe, Neruda fue un residente en la tierra, en perpetua exaltación de lo creado, de la lluvia rememorada, del mar, del carbón, de la cebolla, del invierno, de la alcachofa, del pan, de las flores, del hilo de la madera, del apio, del vino, del tomate, del caldillo de congrio en que se calientan las esencias de Chile, exaltando lo creado, propagando la alegría, dando nombre a las

cosas, deslumbrándose ante el hecho que hay el ser y no la nada. Esa fue su manera de acercarse al cielo o de traer subrepticamente el cielo a la tierra, tal vez a espaldas del Creador.

¿Cómo, entonces, terminar el homenaje de un Presidente a un poeta, con qué palabra única y justa para resumir todo lo que fue? Tarea improbable. Con Neruda no es posible dar una sola palabra, porque tuvo más de una vida, porque tuvo muchas vidas, porque tuvo todas las vidas que un poeta puede tener.

Poeta sí, pero también viajero, cónsul, bibliófilo, senador, gourmet, humanista, marido, amante, constructor de casas, coleccionista, fugitivo, recolector de conchas marinas, caminante, vigía de temporales y quién sabe cuántas cosas más. Como él decía, "alguien a quien poco a poco y también mucho a mucho le sucedió la vida". Una vida que, como siempre ocurre en el caso de los hombres sabios, concluyó más con dudas y preguntas.

Aquí estoy, como Presidente de Chile, para hacer un homenaje a Pablo Neruda. Aquí estoy y quisiera saldar también yo una deuda con Neruda que, como embajador que renegociaba la deuda externa, llegó un día a renegociar su propia deuda externa, y la quiso renegociar con Walt Whitman y con Rimbaud, y dijo que todo hombre tenía en algún momento que negociar su deuda.

Quisiera decir aquí que hay una frase de Neruda, que creo que debiéramos preservar siempre los hombres que pretendemos la actividad pública. Dijo Neruda: "Creo en el realismo y en el irrealismo y estas dos leyes son fundamentales en la creación artística. El que suprime el realismo, se aleja de la vida y llega a ser un espectro flotante. Y el artista que se niega al sueño y al misterio, naufraga a la mitad de la calle".

Así tiene que ser un gobernante; el que suprime el realismo, llega a dar un testimonio vacío, una palabra vacua, que no conduce a nada. Los hechos son los que son.

El gobernante que se niega al sueño, que dice "no" a la utopía, que no tiene un horizonte al cual llegar, entonces ese gobernante no tiene puerto seguro donde recalar, pierde el timón, so pretexto del realismo y concluye, simplemente, entregando los valores fundamentales por los cuales se lucha.

Por eso aquí quisiera decir que, como gobernante, tributario de un Neruda, que el realismo es esencial para hacerlo, y el irrealismo del sueño que es posible es fundamental para dar sentido a la tarea de conducir un país.

Y aquí estamos, aquí estamos con el realismo de los hechos de hoy y con los sueños de Neruda, nuestros sueños, para, asimismo, no perder el rumbo. Neruda, que emprendió aquí en Parral la aventura del ciudadano del siglo XX que fue, aquí quisiéramos, 100 años después decir, en el mismo Parral que lo vio nacer, que aquí está Chile dispuesto a presentar la aventura del siglo XXI con el realismo que no se aleja de la vida y que no se suprime, pero que no se niega al sueño y al misterio, para no naufragar en la mitad de la calle.

Si así lo hacemos, Pablo Neruda seguirá en el corazón de todos los chilenos y Pablo Neruda, desde Chile, le seguirá hablando al mundo.

Muchas gracias.

\* \* \* \* \*

Parral, 12 de Julio de 2004.  
MIs/ems.